

LABERINTO DE PASIÓN Y MEMORIA A ROGELIO VILLARREAL ELIZONDO

Por Gerardo Valdez

En el recuento de nuestra historia, al aclarar ideas, recuerdos en el laberinto de la memoria y hacer presente a Rogelio Villarreal, no solo la imagen de él aparece, sino que llega la plenitud de su presencia y con él el primer encuentro que se hace posible al realizar un viaje a la encrucijada de tiempo-espacio, gracias a ese don que aún tenemos, nuestra memoria. Lugar: Calle Zaragoza entre Washington y 5 de mayo. Tiempo: mediados de los años 70 del siglo 20. Ahí, en esa cuadra, estaba el Centro Cultural de nuestra Universidad, recién nombrada UANL. En ese sitio, el taller de Artes Plásticas, la Librería Universitaria, dos pequeños y entrañables teatros, La Azotea y La República, eran el corazón de la vida artística de la ciudad de Monterrey. Eran tiempos de lucha, represión, resistencia, reuniones clandestinas, canciones de protesta, manifestaciones estudiantiles. Esos dos pequeños teatros para el arte escénico no estuvieron ajenos a estos acontecimientos, se convirtieron en espacios de vanguardia, ahí se hacía el mejor teatro de la ciudad.

En la Azotea, el maestro Sergio García y su grupo; en La República, Francisco Sifuentes y Rogelio Villarreal al frente del Taller de Teatro Universitario (TTU) y de un grupo de jóvenes (algunos no tanto). Maestros que hicieron posible que este taller llegara a nuestra vida, vista, oídos, conciencia. Sus puestas en escena de Edward Albee, Oswaldo Dragún, Jorge Díaz, Ionesco, Vicente Leñero, entre otros tantos dramaturgos que marcaban la tendencia teatral, se llevaban a escena para jóvenes, adultos o niños, teatro hecho con pocos recursos pero mucha pasión.

Yo llegué al TTU, me integré al grupo de Paco Sifuentes, pero diariamente convivíamos con el grupo de Rogelio Villarreal. De ahí surgió primero un respeto y admiración por su trabajo como maestro y director, después el tiempo nos llevaría a consolidar una amistad, siempre unida por la actividad escénica.

Las cualidades que considero esenciales para la fortuna del trabajo escénico son la honestidad, respeto, solidaridad y la pasión por el oficio, así como el humor tan necesario para engranar a todos los componentes, al trabajo en equipo. Cualidades que yo le conocí al maestro Rogelio. Él fue quien me invitó a dirigir en Arinte, Escuela de la ANDA, después al ciclo de Teatro La Estación, posteriormente a la aún Escuela de Artes Escénicas. Me presentaba y sugería a los actores para mis repartos, sin imponerlos.

En los años 80 nuestra relación escénica y de amistad fue muy proactiva, le produje una de las obras de Jesús González Dávila que le obsesionaba, El Jardín de las Delicias, siendo un gran éxito en la pequeña Sala Rehilete; me “pagó” haciendo el diseño y montaje de iluminación de mi primera puesta en escena en la sala grande del Teatro de la Ciudad (diseño que aún conservo), así como asesorías en diversos montajes que realicé por esos años.

¿Qué decir del maestro Rogelio Villarreal que no se haya dicho ya? Gran Promotor Cultural, actor, meticuloso director, diseñador de iluminación, docente, director de la Facultad de Artes Escénicas, secretario de extensión y Cultura de la UANL, funcionario en la SEP, pero, sobre todo, gran ser humano. Los calificativos no faltan para describirlo, los que convivimos con él podemos atestiguar su calidez, su sentido del humor, la plática amena, la fascinación por el avance en sus ensayos, el gozo, la satisfacción por hacer el tetro que debe hacerse, que lo

reconfortaba, hasta repetía algunos de los parlamentos de sus puestas que más le gustaban y los comentaba en los momentos más precisos. La gratitud, los abrazos después del estreno, los regañíos disfrazados de consejos para hacer correcciones en alguna de las funciones. El orgullo de que alguna de sus hijas siguiera sus pasos y lo hiciera con dedicación y pasión. La importancia suma de lo que implica la familia, como el espíritu que unifica y le da sentido a la vida y a lo humano, y de ahí el amor, la cordialidad, la amistad y las risas con los que coincidimos en su camino.

Para muchos compañeros, alumnos, subalternos y amigos, de no haber transitado junto a Rogelio quizás nuestro andar sería otro, pues derramó generosamente sus saberes y posibilidades como artista y gestor cultural.

No importa cómo una persona muera o deje este mundo, lo importante es qué hizo con su vida, cómo tocó a otros con su espíritu o sus acciones. Tangibles son sus huellas, de ahí su trascendencia.

Rogelio Villarreal Elizondo, hombre de Teatro, pletórico al vivir como padre, abuelo, artista, promotor, funcionario, nos deja su esencia y legado. Al romperse el equilibrio con la vida, dice el poeta Hau-Yu “El cielo recoge entre los hombres a aquellos que son más sensibles y los hace resonar”. La tercera llamada sonó, resonó y rompió el equilibrio. Rogelio la escuchó y puntual acudió a ver la vida desde otro plano; nos dice al oído que mantengamos la esperanza, que el teatro debe continuar como un acto de rebeldía, de insatisfacción pero que se haga bien.

La historia de nuestro teatro la construimos todos, Rogelio fue fundamental, siendo piedra angular del teatro de antes y de hoy.

Entrañable Rogelio... gracias por tanto... gracias por *siempre*.

